

bles enseñanzas que en veinte siglos ha dado el magisterio eclesiástico, proporcionadas en las más diversas condiciones y con características demasiado diferentes.

En particular se fijan los obispos en las sobrias expresiones de Küng sobre la divinidad de Cristo, preocupándose la extensa difusión del libro en Alemania, aunque se haya propagado mucho menos en otros países como Francia, donde los obispos galos consiguieron que no se tradujese. Pero Küng conoce muy bien la burocracia eclesiástica, y aplica la misma tenacidad y paciencia que tradicionalmente tiene aquélla, sin por eso estallar sus nervios. Y sabe aguardar dando largas al asunto, sin que —al final— pase nada. Ahora ha contestado a los obispos que espera la salida del nuevo libro que va a publicar, titulado "¿Existe Dios?", para juzgar sus superiores eclesiásticos con mayor conociemien-

to de causa. Con ello gana tiempo y se produce una concienciación mayor de los católicos de todo el mundo, que terminan por aceptar conscientemente las afirmaciones de ayer, que resultaban escandalosas y terminan por no parecerlo.

La obra, admirablemente traducida al castellano —cosa rara entre nosotros—, tiene una redacción clara e interesante, que ha de atraer a todo el mundo. Además, posee una calidad bibliográfica poco frecuente en libros católicos, ya que todas sus afirmaciones se basan en cuidadosos estudios de especialistas en cada una de las materias que trata el autor.

La primera parte del libro —que habla de Dios y de la secularización de nuestro mundo— provocará el rechazo de algunos lectores españoles progresistas, no tanto por sus conclusiones religiosas sinceramente avanzadas como por su crítica de los planteamientos marxistas.

Pasa en su segunda parte a tratar de la figura de Cristo intentando centrarla buscando que sea lo específico del Cristo real. Por todas las páginas de esta parte desfilan cuidadosas valoraciones —y críticas— de los milagros y la historicidad del personaje, deshaciendo, entre otras cosas, el equívoco de la ley natural, como argumento convincente que suele usar la Iglesia para imponer por otro camino sus conclusiones éticas a todos los que no son creyentes.

No se arredra en páginas sucesivas y salta por encima de las barreras mentales puestas por una cultura pasada, que equivocadamente quiso erigirse en dogma permanente de la religión cristiana.

La muerte y resurrección, la desmitologización, el origen de Jesús, la esencia de la Iglesia, las normas morales y lo específico del cristiano. Todo lo dicho en este valioso libro termina por

una frase muy del agrado también del inteligente teólogo Karl Rahner, S. J.: "Ser cristiano significa ser radicalmente hombre". Frase que será piedra de escándalo para muchos que no quieren comprender el profundo humanismo que posee el cristianismo.

Coloco esta obra —no por extensa menos apasionante de lectura— entre las muy pocas que hoy pueden interesar a un hombre que piensa, sea católico o no lo sea. Y opino que, a pesar de las apariencias, representa una "renovación" que no pierde, sin embargo, en el camino ninguno de los valores que el cristianismo aportó al mundo y a los hombres desde su nacimiento. Yo diría que representa el verdadero y profundo "aggiornamento" que quería el Papa Juan XXIII, y que el Concilio Vaticano II sólo comenzó a realizar, pero que nosotros los creyentes tenemos que prolongar, superando los límites de lo expuesto por esta asamblea universal del catolicismo. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Peridis: Una iconografía de la transición

ADOLFO, el estilista; Santiago, el topo; Rodolfo, el prusiano; Areilza, el ático; Felipe, el bezudo; Arias, "Carlitos"; Ruiz-Robles, los siameses vaticanos...; todos ellos han pasado a integrar, por obra y gracia de un palentino de nombre Peridis, lo que podríamos llamar una "iconografía de la transición". Hasta tal punto ha sabido captar nuestro dibujante la esencialidad de esos y otros muchos protagonistas cotidianos del nuevo espectáculo nacional —la política—, que cuesta decir muchas veces quiénes son más reales: si los personajes que aparecen diariamente en las tiras de "El País" —semanalmente en "Cuadernos"— o los individuos de carne y hueso a cuyo nombre responden. Como, por otra parte, tampoco sabríamos qué elogiar más en Peridis: su maestría en el trazo, digna del mejor Steinberg, o su capacidad, tantas veces reconocida, para la crítica política, que convierte sus historietas en auténticos editoriales con que nos desayunamos cada mañana.

Del mismo modo en que Forges ha sabido reflejar como nadie el enorme absurdo de la España del NO-DO y la pandereta, Peridis pasará, sin duda, a la historia del humor gráfico como

el más lúcido cronista de este parto de los montes al que asistimos, medio alucinados, desde hace quién sabe ya cuántos meses.

Pues bien, Peridis acaba de dar a la luz su primer libro, "Animalillos políticos", que reúne, junto a algunos inéditos, la mayoría de los dibujos publicados al hilo de la actualidad durante el "año de la transición", como reza el propio subtítulo (1). A lo largo de sus páginas, más de doscientas, aparecen y desaparecen los hombres públicos de la Moncloa y alrededores como actores de una pequeña comedia humana —aunque a veces no llegue a sainete—, con sus tics, sus vanidades, sus filias, sus fobias y sus discursos, que les escriben otros. Pero hay que decir también inmediatamente que el humanista que Peridis lleva dentro le hace sentir una gran ternura por todos sus personajes, incluso por los que más cruelmente satiriza. Sentimiento que el humorista nos contagia a través de sus dibujos. Y es que, disfrazado por Peridis de penitente o gritando "La página es mía", hasta Fraga parece otro hombre. ■ RABAGO.

(1) Editado por PRISA. Madrid, 1977.



Etica sin código (*)

Los libreros de Francfort han concedido este año el Premio de la Paz al filósofo polaco Leszek Kolakowski (1). Los Premios de la Paz suelen ser "armas" de doble filo que utiliza el que los concede para atacar a un adversario; son cómodas formas de agresión simbólica frente a grupos políticos, países o personas. Nosotros, por eso, no somos demasiado partidarios de los Premios que evocan, desgraciadamente, a aquel dios Jano, el de las dos caras, y, sin embargo, creemos que en este caso los libreros de Francfort, fueran cuales fueran sus intenciones al concedérselo, han acertado al atraer la atención de la crítica sobre la obra de uno de los últimos defensores de la ética en una sociedad en donde a pocos interesa la filosofía y en donde muchos se estremecen al oír hablar de moral.

(*) Nos permitimos utilizar el título de uno de los artículos de Kolakowski, incluido en "El racionalismo como ideología", porque es un resumen de todo su proyecto intelectual.

(1) Fue profesor de Filosofía en la Universidad de Varsovia hasta marzo de 1968, cuando se vio obligado a abandonar el país al ser expulsado de su cátedra por sus enfrentamientos con la política estalinista del Gobierno polaco. A partir de entonces enseñó en Estados Unidos e Inglaterra, donde actualmente reside. Su obra principal, no traducida aún al castellano, es "Cristianos sin Iglesia", un monumental estudio sobre las heresías medievales.